

CASTALIA

SEMANARIO ILUSTRADO

DE LITERATURA, ARTES É INTERESES MORALES Y MATERIALES DE CASTELLON Y SU PROVINCIA

Director: CARLOS LLINÁS

TOMO I

CASTELLON 14 DE NOVIEMBRE DE 1886

NÚM. 17

La torre de la monja

Desde la Selva Negra hasta el mar del Ponto, en toda la extension de los márgenes del Danubio, consérvanse, sembrados aquí y allí, innumerables restos de aquellas fortalezas majestuosas que, á modo de buitres, fabricaran sobre empinados cerros y entre escarpadas rocas los señores feudales de la Edad Media.

Estos castillos levantados por la guerra y por la guerra en ruinas convertidos, miran hoy en las aguas su abatido orgullo, sirviendo unos de vivienda á humildes campesinos, siendo otros infectas madrigueras de asquerosos é inmundos reptiles. Sobre los pocos que en los llanos se asentaron pasó el labrador el viejo arado y extendió sus negras alas el olvido.

Ocultan los primeros entre sus escombros leyendas y tradiciones curiosísimas, y son, por ello, visitados con respeto, que del mismo modo que ama el hombre sus recuerdos de niño, tiene la presente edad gran estima á todo aquello que guarda en sí memoria de séres y hechos que han ejercido notable influencia desde pasados tiempos en su actual modo de ser y en su destino.

Así, sobre la escarpada roca de Theben, que se alza en la confluencia misma del March con el Danubio, como para torcer la corriente impetuosa de sus aguas, míranse aun, combatidas por el tiempo y por la mano del hombre respetadas, las ancianas ruinas de una fortaleza que debió ser harto temida en la bárbara época del feudalismo.

Ordenó su construccion, segun de viejo se cuenta, una hija de un rey eslavo, y á juzgar por sus restos, como de hija de reyes, debió ser el antiguo

palacio señorial. Al contemplar aquellas fortificaciones, aunque derruidas, imponentes, la imaginacion reconstruye en breve tiempo murallas y torreones, puente y rastrillo, capilla y palacio graneros, cobertizos, cuadras, bodegas y hasta el patio de honor adornado de césped y flores, y con su pozo profundo, abierto junto al tronco del copudo tilo, árbol favorito de aquellos tiempos.

Corriendo éstos, en fecha que la tradicion no precisa, habitó este castillo un señor de Burg, jóven no tan cortés como valiente, que lo mismo entonaba, acompañado del arpa, una trova amorosa, que quebraba una lanza en un torneo ó hundia un puñal en el pecho de un jabalí. Su natural alegre y batallador y sus frecuentes correrias por ajenos terrenos, conquistaron á Ultrico una fama poco envidiable, y á la verdad, injusta, que contribuyó más tarde á que los nobles señores de las comarcas vecinas, le retiraran poco á poco su amistad y aprecio.

Contábase entre estos el conde Lamberto, áspero y encopetado señor, cuyo ódio hacia Ulrico llegó á ser tan extraordinario, que prefirió encerrar á su hija Liebe en un convento, perdiendo para siempre sus caricias, únicas que en el mundo le quedaban, antes que cederla en matrimonio al infeliz y enamorado jóven.

Era la hija del conde de sin igual hermosura. Sus ojos, azules como el cielo, sus cabellos dorados como los rayos del sol su boca pequeña, siempre dispuesta á la sonrisa, y su tez blanca, delicada y trasparente, bien acreditaban su nombre de Liebe, es decir, criatura hermosa nacida para amar y ser amada.

La belleza de su alma corria parejas con la de su cuerpo. Nunca pasaron por su mente ideas per-

versas, y jamás turbaron la paz de su corazón impuros sentimientos. Desde la edad de siete años, en que quedó huérfana, consagró Liebe á su madre todos sus recuerdos y dedicó todos sus cuidados al bienestar de su padre, solícito y amante hasta el día en que dieron comienzo sus amores con Ulrico.

Desde entonces tornóse el conde Lamberto en severo, cruel y hasta sanguinario. Sujetó á su hija á las mayores privaciones, impúsole los más fuertes castigos y ordenó á sus vasallos que cazaran á Ulrico como á una fiera. En los corazones de ambos se mantuvo, sin embargo, firme y constante la fé, que no hay razon que contenga ni martirio que no avive los impulsos libres del corazón.

Una noche, aun no estaba cercana la hora del alba, salió el conde Lamberto á ver á la abadesa de un lejano convento; Liebe presintió una inmensa desgracia y escribió á Ulrico con un viejo escudero que la profesaba singular cariño. Apenas doraban los rayos del sol las cúspides de las montañas, cuando el desgraciado jóven, ginete en soberbio alazan, escuchaba desde las puertas del castillo las tristes quejas de su amada. La entrevista duró poco tiempo; el suficiente, empero, para entenderse y concentrarse dos almas enamoradas. Al terminar, los ojos de Liebe se cubrieron de lágrimas, los de Ulrico brillaron de alegría, y el caballo, salvando matorrales, fosos y barrancos, perdióse, veloz como el viento, tras una loma inmediata.

A la caída de la tarde, Liebe, acompañada de Ulrico y de su fiel escudero, caminaba hácia el castillo de Theben. Su corazón latía con violencia; su paso era tardo é indeciso: su vista se volvía constantemente hácia la casa en que nació, cuyos muros encerraban las cenizas de su madre.

El conde Lamberto regresaba, mientras tanto, de su viaje. Al desmontarse en el ancho patio de su fortaleza, entregar las riendas del caballo á un escudero y escuchar de los labios de otro la infausta nueva, el dolor y la desesperacion se pintaron en su rostro. ¡Venganza! gritó con voz ronca, que puso en conmocion á todas las gentes del castillo. ¡Venganza! dijo luego débilmente, pensando quizás en su hija, tan sin justicia maltratada por él, y sin dirigirse á nadie, ni

preguntar subió á sus habitaciones y llamó al jefe de sus huestes.

Pocas horas despues, ya cerrada la noche, el conde Lamberto, al frente de sus aguerridos vasallos, armados de todas armas, rodeaba sigilosamente las espesas murallas del castillo de Theben.

De pronto, un ruido estrepitoso, inmenso, colossal, repetido por los ecos de valles y montañas, atronó el espacio. El infeliz labriego, uncido en aquellos tiempos á la tierra que cultivaba, como el buey al yugo, despertó despavorido y medroso de su profundo sueño, y creyó escuchar la trompeta del ángel que anunciaba la horrible catástrofe del fin del mundo.

Una, dos, tres horas pasaron veloces, sin que el estruendo cesara, ni el pavor huyera del acobardado pecho del campesino. Oíanse constantemente gritos de combate y ayes lastimeros, y chocaban sin cesar las armas, y rodaban los cuerpos por el suelo, y quebradas por potente golpe, se derrumbaban las murallas, y los de adentro no cedían, ni los de afuera cejaban en su empeño.

La desgraciada Liebe, encerrada en un cuarto de la inexpugnable torre, en lo más alto de la roca levantada, pasó una tras otra tres horas de mortal angustia. Ansiosa de conocer el desenlace de aquella tragedia, acercaba sus oídos á las ventanas, y retrocedía temblorosa, horrorizada, loca, con los hermosos ojos extraviado, sujeta entre las manos la cabeza, y sueltos y enmarañados los cabellos. Ni una voz amiga le prestaba ayuda en aquel trance fiero de su existencia; ni una luz miserable alumbraba siquiera las paredes de aquella habitacion, impasible testigo de su dolor. Corria de un lado á otro, tropezando unas veces, cayendo otras, y levantándose siempre herida y ensangrentada. Sus gritos de socorro no atravesaban los muros de la torre, ni el llanto desahogaba su corazón oprimido, ni hallaba tranquilidad en sus plegarias fervientes. Poco á poco, secáronse las lágrimas en sus ojos, ahogóse la voz en su garganta y negáronse las piernas, débiles y temblorosas, á sostenerla. ¡Madre! exclamó desfallecida; y su cuerpo, rígido y exánime, rodó con violencia por el suelo.

A este punto, un golpe terrible hizo saltar, hecha astillas, la pesada puerta de la escalera, y una nube de humo denso y negro penetró en aquel

estrecho rec
lento devor
llamas rojiz
do, en busca
la del pavim
ardiente bes
bre el pret
obra en mé

Cuando lo
alto de la to
midió la alt
espacio llev

Desde en
las márgene
las ruinas d
cuatro mura
hé ahí la fan

Miradle,
lento, apena
hácia el sue
entis lo ha c
el alabastro
cada momen
molécula má
tad. Debe se
templar la m
verla acerca
tiempo á los
del cielo azu
del horizonte

¡Miradle!
que para él r
la esperanza
cia y le cons
vuelta de las
ra con frenes
cion cuadros
viajes; se em
blecimiento,
por aquellos
primavera v
las rosas, sop
eros de jóven

estrecho recinto, invadiéndolo todo. Un fuego violento devoraba rápidamente la torre, y entre sus llamas rojizas subió Ulrico, vencido y desesperado, en busca de su adorada Liebe. Verla, recogerla del pavimento, estampar en su frente pura un ardiente beso, abrir una ventana y colocarse sobre el pretil con su amada en los brazos, fué obra en ménos tiempo ejecutada que referida.

Cuando los soldados del condado aparecieron en lo alto de la torre, lanzó Ulrico un rugido salvaje, midió la altura de una sola mirada y se lanzó al espacio llevando consigo su preciosa carga.

Desde entonces, siempre que un viajero recorre las márgenes del Danubio y se para á contemplar las ruinas de Theben, le muestra el campesino cuatro murallas rodeadas de escombros, y le dice: «hé ahí la famosa «Torre de la monja.»

E. Ruiz.



Al caer las hojas

Miradle, pálido, enjuto, demacrado, con paso lento, apenas puede sostenerse; inclina la cabeza hácia el suelo; sus ojos han perdido el brillo, su entis lo ha cobrado, ¡pero ay! un brillo triste como el alabastro. Lleva la muerte en sus pulmones; cada momento que pasa carcome en sus fibras una molécula más; el aire circula por ellos con dificultad. Debe ser el dolor más horrible vivir y contemplar la muerte, sentir el ruido de sus pasos, verla acercarse paulatinamente, y ver al mismo tiempo á los demás que rien y gozan y disfrutan del cielo azul, del mar bonancible, del aire puro del horizonte dilatado.

¡Miradle! tiene conciencia de su estado, sabe que para él no hay salvacion, pero algunas veces la esperanza de retardar su última hora le acaricia y le consuela. Piensa en la primavera, en la vuelta de las golondrinas y de las rosas; las espera con frenesí inexplicable; crea en su imaginacion cuadros hermosos, proyectos de pintorescos viajes; se embebece pensando quizás en su restablecimiento, y hasta la sonrisa llega á divagar por aquellos labios amortiguados. Pero ¡ah! la primavera vuelve, vuelven las golondrinas, nacen las rosas, soplan las auras tibias; los alegres coros de jóvenes retozan por las montañas y por

las praderas, y el infeliz enfermo no siente más que levemente el delicado impulso del buen tiempo. Tambien en sus mejillas aparecen dos pequeñas rosas que se destacan de un fondo amarillo y descarnado. La muerte tambien tiene flores.

Pasan Abril con sus capullos y sus bandadas de pequeños pájaros. Mayo con sus fresas y sus cerezas, Junio con su robustez benéfica y sus eras repletas de trigo. Llegan los ardientes dias y las cortas noches, los aires embalsamados, los cantares campestres, los claros de luna alumbrando escenas de amor y de felicidad. Luego las turbas de alegres cazadores se desparraman por los bosques y por las riberas, los recargados racimos penden de la rechoncha cepa y de la elevada parra; el traqueteo de los carros turba el silencio de los crepúsculos, y de vez en cuando las tempestades asoman en el horizonte y se desbordan por el espacio.

El infeliz enfermo siente que se agolpa á sus labios la sangre de sus entrañas; tose, ¡pero ay! su tos seca y contundente parece resonar en el hueco de una tumba vacia. ¡Pronto va á llenarse! Cuando las hojas caen y empiezan las ráfagas frías, el pobre pálido ha perdido casi cuanto le restaba de vida; solo es una sombra que se mueve lentamente. Avanza la estacion, las hojas secas ruedan y desaparecen en circulante remolino. El último rumor de las hojas se lleva el último suspiro del moribundo.

X.



HISTORIA DE ONDA

(Estudios premiados en los Juegos florales de Valencia.)

Continuacion

CAPÍTULO V.

ÉPOCA MEDIA.

Asedio de Onda por los templarios: son rechazados.—Prosigue el sitio el rey con su ejército.—Don Arnaldo Perez, su portentosa hazaña.—En Pedro Tonda se apodera de la villa por sorpresa.—Repoblacion de la villa y carte puebla.—Primeros pobladores.—Perimetro de las murallas arábicas.—Lijera noticia de la organizacion política social de esta villa y del reino de Valencia.

El perimetro de las murallas en aquella época era el siguiente: tomando por punto de partida

el portal de San Pedro, único que hoy queda en pie de aquellos tiempos, iba á buscar el portal de San Juan, y siguiendo paralelo á la acequia que pasa por la Asafona (antes de Fora), continuaba encerrando á la parte interior la casa Ayuntamiento situada en la plaza de Adentro ó del Almudín (antes del Socós), donde se encontraba frente á la misma, otro portal llamado de la Villa, teniendo á cada uno de sus lados un fuerte torreón á imitación de los que se ven en el de Serranos de Valencia, que como estos servían también para cárceles públicas. A la parte exterior como á unos cincuenta pasos estaban situadas las horcas é inmediato á esta el Hospital de pobres peregrinos con el título de San Miguel, con un cementerio contiguo á él, edificado todo esto por los primitivos ó nuevos pobladores. Iban siguiendo las murallas por el interior de las casas que hoy forman la acera izquierda de la calle Nueva ó de los Angeles, y al llegar á la actual plazuela de la Iglesia, otro portal se veía, conocido con el nombre de Artana, y pasando el fuerte por el centro mismo del espacio que hoy ocupa la parroquial, iba á salir á la Sinagoga ó plaza de San Ramon, donde volvía á encontrarse otro portal conocido por el de Valencia, situado en la parte que hoy ocupa la Abadía; de aquí seguía faldeando por la izquierda de esta plaza á buscar el castillo, donde un poco antes de unirse con él, estaba situado otro y último portal denominado de Burriana. De manera que el perímetro descrito del antiguo muro, más el castillo y fuertes que se extendían por toda la ladera Este del monte, venían á formar una de las poblaciones mejor fortificada é importante de nuestro antiguo Reino.

Una también de las primeras obras que hicieron los nuevos pobladores, fué la de una capilla dedicada á San Jaime en el mismo punto donde posteriormente se ha conocido el portal de San Roque; (fué derribado este portal oratorio el año 1878) al poco tiempo que aquella se profanó y fué derribada juntamente con las murallas; se levantó éste, año 1506. Solo un recuerdo queda de aquella capilla, consistente en un cuadro ó lienzo que en la actualidad se halla en la ermita del Salvador representando á San Jaime montado en un brioso caballo exterminando á los moros, y Onda á sus plantas como emblema de su conquista.

Los árabes fundaron su nueva mezquita y cementerio sobre la huerta hacia S. O. de su barrio, entre los pequeños huertos de Merino y Llopis.

Las sesiones del Ayuntamiento eran al principio al aire libre y según ví en un documento de aquella época, el pregonero anunciaba se reuniesen los convocados «dabant el obrador den Cerdá,» sin expresar qué clase de obrador fuera éste ni el sitio en que estaba. Luego, después, ya se anunciaban para la Iglesia parroquial, y todos los años, día de Navidad, se elegía el justicia que administraba las jurisdicciones civil y criminal. Día de Pentecostés, era la elección de jurados y escribano del Ayuntamiento, y día de la Dedicación de San Miguel, la del almotacén, quien vigilaba los pesos y medidas y los asuntos de policía pertenecientes á calles y plazas, jurando todos estos funcionarios «de usar bien» de sus respectivos cargos, en poder del baile que el rey nombraba para la villa, quien entendía en la administración y cobranza de los censos y rentas patrimoniales de S. M., en los atañentes á aquella, en los de los moros y judíos entre sí y de otros asuntos.

El hecho más importante para los valencianos, fué la distinción que les hizo el rey don Jaime con la concesión de los fueros. El monarca en unión con las cortes de Valencia compuestas de los tres brazos, eclesiástico, militar y real, establecieron ciertas leyes especiales para el mejor gobierno del reino. Al primero pertenecían varios prelados y dignidades eclesiásticas; al segundo los nobles, caballeros y generosos valencianos, y al tercero los síndicos ó diputados de las ciudades y villas reales.

Con la facultad legislativa que les comunicaban los fueros, el rey no podía exigir contribuciones á los pueblos sin quebrantar aquellos, y estaba encomendada la resolución de las dudas que se ofrecieran para la aplicación de estos fueros al justicia y hombres buenos de la ciudad y reino de Valencia. No concedían á los señores de los lugares, el mero imperio, ó sea la facultad de imponer las penas de muerte civil ó natural y mutilación de miembro. El rey no declaraba la guerra ni ajustaba la paz, sin acuerdo del país, ni prorogaba las cortes sin consentimiento de los tres brazos ó estamentos. Quedó declarada la

integridad
les emple
individuo
fudole de

Varias
Pedro I
bian hace
justicia.
origen de
entendia
didos al
tribucion
dos justic
seis los j
mo, los E
señores e
contra la
uros cuat
que fué a

Conclu

¡Im
Perdo
Yo no
Del in
En va
Llevo
Y una
¿Qué

¿Qu
De tie
Y libr
Que e
Quién
Me as
El ira
Sin qu

integridad del reino. Se nombraban los principales empleos á propuesta del pueblo y aun con sus individuos. Y otras varias disposiciones que la índole de este trabajo me impide consignar.

Varias veces fueron refundidos los fueros. Don Pedro I ordenó la forma en que los jurados debían hacer la propuesta para el nombramiento de justicia. Don Pedro II creó el cargo de diputado, origen de la diputación provincial, cuyo empleo entendía en la cobranza de los donativos concedidos al rey por las cortes y en la de otras contribuciones. Don Alfonso II ordenó que hubiese dos justicias, uno civil y otro criminal, que fuesen seis los jurados y seis los consejeros. Y por último, los Felipes III y IV concedieron á algunos señores el mero imperio, si bien es cierto que contra la expresa voluntad de las cortes. Sobre unos cuatro siglos rigió la legislación foral hasta que fué abolida por Felipe V.

Arcadio Llistar.

Concluirá.



Epístola

I.

¡Imágen fiel de la ilusión soñada!
Perdona si á escribirte me propaso:
Yo no puedo ocultar la llamarada
Del incendio voraz en que me abraso;
En vano de agua, cual la nieve, helada,
Llevo á la boca el cristalino vaso,
Y una y mil veces lo devoro ciego....
¿Qué vale un río para tanto fuego?

II.

¿Quién me digera á mí, que indiferente
De tierno afecto al enojoso nudo,
Y libre de temores, cual valiente
Que entra en la lid sin yelmo y sin escudo;
Quién me dijera á mí, que de repente
Me asestara su dardo más agudo
El iracundo dios, y me venciera
Sin que su golpe resistir pudiera!

III.

Como el que sale de caverna umbría,
Que si se queda atónito mirando
El lumínar espléndido del día
Que viene las tinieblas desterrando,
Torna de nuevo á su ceguera impía
En espantosa lobreguez quedando:
Tal impresión sobre mis ojos hizo
De tu presencia el inmortal hechizo.

IV.

Pues la misma deidad de la belleza,
Que surgió de la espuma de los mares,
Si llegase tu altiva gentileza
A contemplar y gracias singulares,
Vencida del dolor y la tristeza
Abandonara al punto sus altares,
Reconociendo en tí con amargura
La triunfante rival de su hermosura.

V.

Que ese rostro en el cielo modelado,
(Perdona á mi pasión tanta osadía)
Antes que en tí, ya estaba delineado
Dentro de mi hervidora fantasía:
Los ángeles hicieron su traslado,
Que á tanto no alcanzó la musa mía,
Y hoy me parece en su perfecta copia
Ver de mi creación la imagen propia.

VI.

¡Ah! no te llene de extrañeza que ande
Sujeto á tu atracción mi indócil cuello,
Ni temas que importuno te demande
Favor que monte menos que un cabello:
Yo te amo como todo lo que es grande,
Como se debe amar todo lo bello,
Con el amor de lo alto descendido,
Que halla en la tierra su inocente nido.

VII.

Con ese amor que embriaga á la milicia
Que junto al trono del Creador se asienta,
Como ama el tierno niño y acaricia
El pecho maternal que le alimenta:
Como adora del viejo la codicia
A los caudales á que pasa cuenta
Sin ver jamás saciado su apetito
Gigante que rebasa lo infinito.

VIII.

Tú no sabes, bien mío, cuántas veces.
 Envuelta de la noche en los crespones,
 A los ojos de mi alma te apareces
 Vestida de inmortales perfecciones;
 Cual mi razon ya débil enloqueces
 Con rico torbellino de ilusiones,
 Que hace estallar la fantasía loca;
 Como el volcan la calcinada roca.

IX.

Ya creo, que, tomándote la mano
 Que inmenso ardor bajo la nieve cubre,
 Atravesamos de jardín lozano
 La estrecha senda que el parral encubre:
 Ya creciéndome intento del manzano
 En tu obsequio arrancar, las que descubre
 Áureas, bellas, sazonadas pomas,
 Que destilan riquísimos aromas.

X.

Ya ligando mi brazo á tu cintura
 Opacas siestas á gozar te llevo,
 Y aspiramos del valle la frescura
 Bajo la sombra del punzante acebo;
 Y mi sér se trasforma y desfigura,
 Y cobra aliento desusado y nuevo,
 Y cual grano de arena ó vil arista,
 Se borra el universo de mi vista.

XI.

Pero ¡ay! que son espléndidas quimeras
 Que el pensamiento en su delirio fragua,
 Imágenes de ondinas hechiceras
 Que la paleta dibujó en el agua,
 Chispas que desvanécense ligeras
 Al resurtir de la candente fragua.
 Que con su brillo seductor me hechizan,
 Y mi pobre cerebro volcanizan.

XII.

Por favor, no te enoje que te mire,
 Y en estancias poéticas te alabe,
 Que en el paseo público te admire,
 Y que en secreto la pasión me acabe;
 Y que tu nombre murmurando espire,
 ¡Ay! como espira en la arboleda el ave,
 Que del plomo al sentir la abierta herida
 Pierde cantando la risueña viad.

XIII.

Que si tal prohibirme pretendieras,
 Yo, que hoy me reconozco tu vasallo,
 Quebrantara tus órdenes severas.
 ¿Qué más puedes pedir, viendo que estallo,
 Como granada rota en las trincheras,
 Y el sentimiento que me embarga callo,
 Y en el silencio mi pesar devoro,
 Y me escaldan las lágrimas que lloro!

XIV.

¿Mas qué le importa á la beldad triunfante
 Que en abatir nuestra soberbia goza,
 El ay profundo del sencillo amante,
 Ó el ruidoso gemir de quien solloza?
 Como al juguete candoroso infante,
 Los corazones que rindió destroza,
 Y sin moverse á compasivo duelo
 Arroja sus pedazos por el suelo.

XV.

Y tú también siguiendo ese camino
 Soberbia, y orgullosa te envaneces...
 ¡Imposible! ¡Imposible! En tan divino
 Vaso no caben tan amargas heces.
 El talle airoso, como esbelto pino,
 Que con soltura inimitable meces,
 La tersa frente que la nieve baña,
 Y ni una nube pasajera empaña.

XVI.

Tu voz donde parece que resuena
 Un nido de celosos ruiseñores,
 Tu cútis del color de la azucena,
 Tu boca ramillete de mil flores;
 Tu mirada vivaz, limpia y serena,
 Que vibra rayos y cosecha amores,
 Espejos son en los que tu alma pura
 Retrata su candor y su hermosura.

XVII.

Por eso al punto que consigo verte
 Disípanse cual humo mis enojos,
 Y en grana mi megilla se convierte
 Encendida por púdicos sonrojos;
 Y avergonzado para no ofenderte
 Humillo al suelo los audaces ojos,
 Y me siento hasta el fondo estremecido
 Al ligero rozar de tu vestido.

Y,
 En a
 Con
 Pens
 Ó cor
 Con
 Sin
 De s

 Ta
 Agra
 Si tu
 Con
 Y si
 El es
 Ador
 Como

 Y
 Al m
 Si en
 Ó te
 Si el
 Ó se
 Ven a
 Y alb

 ¡Adi
 Por m
 ¿Oyes
 ¡Qué tr

 Cant
 El láti
 Si sup
 De fijo

XVIII.

Y, cual no se acostumbra ya en el mundo,
En adorarte mi alma se recrea
Con delirio febril, como el profundo
Pensador se entusiasma con su idea;
Ó como el génio del pincel fecundo
Con las beldades que en el lienzo crea,
Sin que le robe humana criatura
De su amor infinito la dulzura.

XIX.

Tanto, que si tu vista me cegase,
Agradable la noche me seria;
Si tu mano mi rostro lastimase,
Con humildad tu rostro besaria;
Y si tu labio de mi amor mofase,
El escarnio mordaz bendeciria,
Adorando tus barbaros desdenes
Como si fuesen inefables bienes.

XX.

Y tú ¡oh mi carta mensajera! dime
Al momento que vuelvas de tu viaje,
Si en su pecho con júbilo te oprime,
Ó te desgarras con violento ultraje;
Si el alborozo su semblante imprime,
Ó se anubla con cárdeno celaje;
Ven á sacarme de inquietudes presta,
Y albricias te daré por la respuesta.

German Salinas.



Al partir

¡Adios! ¡Adios! Ya viene, dueño querido,
Por mí con sus caballos el postillon.
¿Oyes los cascabeles? Su alegre ruido
¡Qué triste suena dentro del corazon!

Cantando se aproxima con voz sonora,
El látigo crugiendo cada vez más...
¡Si supiera la angustia que nos devora
De fijo no viniera por mí jamás!

Martín Guardiola.



La Gloria

Quimera deseada que pasas triunfal en tu maravilloso trono de luz, fascinando, atrayendo, deslumbrando á los locos que ambicionan tu conquista, como si ella fuera la realizacion de una felicidad inconmensurable. Las primeras irradiaciones de tu brillo centellador, dejan en la penumbra del olvido, la agonía de los mártires, que hoy enseñan á la posteridad con la aureola de los héroes inmortales, pero que por merecerte, sufrieron la envidia calumniadora de los ignorantes, la persecucion de los soberanos, la iniquidad de los grandes, como fué para Ciceron la crueldad de Marco Antonio, para Demóstenes la injusticia de los atenienses, para Homero, ciego y mendigo la indiferencia del pueblo griego, ó que padecieron como Galileo, Colon y Camoens, uno las torturas del Santo oficio, los otros la ingratitud aplastadora de los grandes.

¡Gloria! eres una ilusion dorada, una *coqueta* seductora que arrastras, atraes y deslumbras, pero no das la felicidad! Estás cubierta de luz y hecha de dolores.

No vales un sacrificio.

T. de B. S.



La semana

Ya pasaron los fériás.

Y pasaron sin dejar rastro alguno. Unicamente los niños podrán echarla de ménos.

Esto prueba lo sosas, lo indiferentes que han sido. Ni una instalacion netable en el comercio; ni una noche de música para paseo: nada que llamase la atencion ó alterara la monotonia castellanense.

Y luego, para acabar, frecuentes lluvias y contínuos barro.

Vaya con Dios la desdichada fériá y hasta la otra.

Que promete ser igual, dada la tranquila pasividad de nuestro Ayuntamiento, de nuestro comercio y de nuestra industria.

* *

La diputacion provincial ha elegido presidente á don Victorino Fabra, quien no es nuevo en el cargo.

Por eso que no es nuevo podrá conocer mejor las necesidades de la provincia. ¡Oh! si solo el patriotismo llevase á las más altas dignidades! Entonces el señor Fabra demostraría un interés influyendo en la pronta realizacion de mejoras tan importantes como el puerto de Castellon, el tranvia de Onda, los caminos y tantas otras que esperan la ayuda de un esfuerzo generoso.

Ocasion tiene, pues, el señor Fabra de demostrar que solo el bien provincial le guia en todos sus hábiles trabajos electorales.

* *

El gas que nos alumbraba es tan malo, que apenas podemos decir esto de que nos alumbraba.

Por lo cual algunos dueños de establecimientos y Presidentes de sociedades se reunieron á fin de estudiar y llevar á cabo la instalacion de luz eléctrica.

Y aun está en vías el proyecto, cuando ya se anuncia que una gran compañía hace proposiciones para establecer el alumbrado eléctrico en Castellon, Almazora y Villareal.

Grande cosa sería esto, y de veras deseo que se realice, sobre todo en nuestra ciudad.

¿No es Castellon tan amante del progreso? ¿no es tan amante de la luz?

Pues luz, mucha luz.

Con el gas estamos á oscuras.

* *

Otra mejora se presenta en perspectiva; la de un buen teatro.

La empresa constructora de la nueva plaza de toros ha pedido, segun me dicen, el solar de la antigua para derribarla y levantar en él un elegante coliseo.

Todos debemos ayudar á esa empresa; su proyecto es honra de Castellon.

Y basta de proyectos, que no parece sino que hoy esté destinado á pasar revista á todos.

¡Quiera Dios que la pase á su realizacion!

* *

En el teatro de la calle de la Magdalena se han hecho variaciones en la compañía, aunque no de gran importancia.

El Sr. Parreño conquista en él grandes simpatías. Y el Sr. Bolumar desempeñó admirablemente el jueves su papel en *Música Clásica*.

Sea todo dicho en gracia á la justicia, de la cual soy leal vasallo.

La verdad es que en el teatro pasamos ahora las mejores noches.

Y esto nada quita á lo dicho en números anteriores.

* *

Los hombres públicos sirven para todo, hasta para reclamo.

Así tenemos *Vinos Gambetta Rom Rivero Anis Mazzantini*, porque este tambien es hombre público.

Pero esto no bastaba, y ayer ví que hasta en las galletas nos plantan ahora la efigie de nuestros políticos.

Así es que vá uno á la tienda y dice al hortera:

—Aver, déme usted una libra de *pastas de Martos*!

Si la cosa progresa, no desconfío yo de comer algun día *besugo de Camacho*.

O *jamon de Castelar*.

O *atun* de cualquier excelencia.

Fabricio.

 IMPRENTA DE GINER

Caballeros, 47.

DE

TOM

No es mi
car á esta ó
partido polí
fomentar la
abandonada

Sabido es
ciudad, que
tos poderos
por cuya ra
cales le ded
cia es una d
mentable z
atravesada
que nos pon
Son descon
vicios presta
por este mec
blaciones de
do hasta el
nido en nues
numerables
solo de las
¿En qué esta

En 11 de
neral de car
asigna á esta
hallan:

La genera
cia, y Castel
cuenta cons
muchos trozo

La de Zar
mente hasta
de Traiguera